

## Auto confesión

He aquí lo que yo diría de mi mismo:

Aunque nacido en Sud América, en la Provenza suave de Hispano-América, el Uruguay, quizá su comarca más culta y pintoresca, soy apenas de este continente.

Mi fisonomía externa, así como la mentalidad, han sufrido el influjo poderoso de los dos países que más amo después de la tierruca, y donde mejor me he encontrado siempre: Inglaterra y los Estados Unidos. La Gran Bretaña, en primer término, por ser allí el paraíso del niño. En ella, abundosa y ensoñada, corrió mi infancia. Tres victoriosas verdades me fueron reveladas: el amor a la naturaleza, la pasión de la libertad y la genialidad del sentido común.

América, por excelencia, me impuso que sin ideales, no se vive ni se sabe de la dicha. Todo americano se forja un ideal. No importa cuál fuera él.

Le pertenece y le anima, levantando a cada paso adverso la losa de sus desilusiones. No sabe de otra cosa, ni el que dirán le preocupa mayormente. El país donde ha nacido, tiene té inextinguible en su porvenir, y en su territorio, creciente siempre, habrá por muchos siglos aun, sitio para desenvolverse. Esto hincha de esperanzas infinitas el hambriento corazón. "Su esperar es la suerte que no ha sido probada, y la esperanza irrealizada, su ideal."

El espíritu mío, estas preferencias no obstante, se acomoda a todo lo justo y bello de los pueblos del planeta.

He viajado lo suficiente y leído lo sobrado, como para medir el alma de los pueblos, y saber que ella viene de la serenidad y del claro vivir.

Comulgando con los genios al través de sus obras, soy preso de la ventura más lata y provechosa que es dable topar en el mundo.

Fronteras desconoce la curiosidad mía. Todo problema humano lo coge en sus premisas y no le suelto hasta haberlo profundizado enteramente.

Querría solo describir libros que gustara conservar el lector y regalar a quien amase como a su propia alma. Invitar

a los amantes de la vida superior a una fiesta ensoñada, para contemplar espirituales paisajes, fuera el óbice de este arte. El se dirige a los sabedores del inexpresso idioma del alma, que tiembla de goce en todas las cosas bellas del mundo. Si alguien lee de algunas de estas obras, estimaría dijeran al ceerrarlas: fuese el pasar de un día y sus ensueños.

La moral, ¿puede haberla sin pureza de corazón?

“O crux, ave spes unica”. No me lleva el decirlo hacer una frase poética, pero no encuentro algo que mejor encierre mi sentir, acaso como un versito de Tennyson:

“Su fortaleza equivalía a la diez, porque su cor era puro”.

Ansío hacerme perfecto por la contemplación de la suma belleza; se me dirá que el ideal es harto absoluto.

“Porque desmayas? preguntaba un peregrino de la eterna vida a otro mancebo. “Yo vagué hasta el morir”.

“Muy pequeño se debe ser para estar obsediado por sí mismo”, ha dicho un delicioso moralista, Abel Bonard, que tanto añora al caballero Marqués de Vauvenargues.

Obra maestra, obra de arte es la vida. Debemos volvernos cada día más constantes de la divinidad nuestra. Lograrla con la paciencia de la hormiga y el artístico afán de la abeja. Así será ella digna de ser vivida, nuestro alcázar de las perlas.

Todo lo nuestro, desde la voz hasta una vocación poética, cualesquiera de ellas donde puede intervenir la idealidad, significa para nosotros un medio de redimirnos y santa escala para treparnos al cielo.

Por más que nos lo propongamos, no podemos prescindir del hecho moral en filosofía. Los pregunteos angustiosos sobre el destino humano, surgirán siempre del corazón de la lógica misma.

Alejándonos de todo verbalismo, hemos vuelto a las mismas preguntas por vía de la psicología experimental de Wundt y Ribot, hasta la escuela psíquica de Charcot. Existe un poder más allá de la materia, y podemos contar con él en la conducta práctica de la vida diaria. Ha sido la experiencia de más de una mente vasta, inclusive las de Taine y James de Havard. ¿Por qué no pudiera ser también la nuestra?

Un espíritu infinito, en el que comulgamos de continuo, flota por doquier.

Esa mente divina es nuestra ayuda y nuestra libertadora de todo mal.

La metafísica renovará nuestra vida en el sentido socrático: "Conócete a tí mismo". Finalmente austera, tenderá, cual la de James, a poetizar la existencia, y tomarla más a realizar el reino interior.

Adoro la vida. Una simpatía pantecísta me hace quererlo todo, en comenzando por el árbol, mi silencioso hermano, y terminando por el mísero criminal que tiembla de pena en su oscura celda.

Quisiera vivir en un sitio prohibido a quienes no fuesen soñadores de sueños, porque de corazón creo, con Wilde, que la falta de imaginación hace malos a los hombres.

Las horas que más amo del incierto día, son "las frescas y tempranas" de la mañana y las tardías de la puesta.

Cuanto es pedazo de la arcánica e ignota región de los sueños, me llama irresistiblemente, cual algo superior a las fuerzas materialistas que rigen la vida en común.

Ello es que amo los libros de cuentos de hadas, los simbólicos y aññados.

"Dentro del corazón del hombre cabe el del niño".

Asisto a diario, la mente cuajada de visiones, a prodigiosas aventuras.

Es que toda alma verdaderamente grande, lleva listo para despertar un héroe dormido.

La vida mía desearía abarcar la idealidad de todas las pasiones, de los pensamientos todos y emociones... musicalizadas.

"... llena de ruidos.

Sonidos y aires dulces que deleitan y no dañan".

Así expresaba el mago Shakespeare, este sentimiento del vivir como si fuera en la isla encantada de su "Tempestad".

Trabajo con ahinco por algo que, por ser lo más deseado, nunca he tenido.

Y con ello ansío una calma reposada, mejor de la que he conocido hasta ahora!...

¡Cuán caras sós de haber, deleitables cumbres de la perfección literaria y de la belleza moral!

ALBERTO NIN FRIAS